

los amores de antaño, volvióse hacia atrás, y conteniendo el sollozo que le desgarraba, huyó, perdiéndose luego en las tenebrosidades de la escalera, en lo alto de la cual brillaba el farolillo como ojo sangriento.

XI

En el espacio estallaron los primeros cohetes. Luminosas cascadas de oro pálido, de verde, de rojo, de lila, descendieron lentamente, balanceándose. Manchaban el cielo terso con salpicaduras sangrientas, semejando puñados de piedras preciosas lanzadas al vacío. A veces, las lucisillas convertíanse en cabelleras inmensas, desmadejadas, que surcaban el firmamento retorciéndose, hasta confundirse y caer transformadas en lluvia de chispas. Después, poblábase el azul de un

floreamiento extraño. Millares de flores exóticas, multicolores, se esparramaban en todas direcciones, haciendo pensar en una primavera fantástica del cielo; desvaneciéndose al fin en el ambiente incendiado, radioso. — Persistente rumor alzabase de la ciudad, huyendo en alas del airecillo fresco y húmedo. Eran gritos confusos, cantos lejanos, estallidos de bombas, gimotear de organillos, ahogadas conversaciones de muchedumbres invisibles, que pisoteaban el arroyo, entregadas al furor de la fiesta nacional.

En la puerta del comedor, Antoñita veía y oía todo aquello con gesto triste á pesar de su sonrisa. Vestida con su trajecillo de casa, modesto, coquetón, aunque algo raído, movía la cabeza negativamente al escuchar las súplicas de Lena, que, deslumbradora de gracia, al lado de Eugenio Linares, la rogaba con muecas de niña inocente.

— Anda, ánimo. . . Mira que encerrarse en casa el quince de septiembre, á nadie se le ocurre.

El mozo, bien trajeado, ostentando en el ojal un clavel rojo, que allí pusieran las manecitas suaves de su novia, apoyaba á la chiquilla. ¡Qué demonio! Debería acompañarles. El cura Hidalgo merecía la atención

de las muchachas bonitas. Además, el patriotismo. . . Pero esto lo decía con vaga indecisión, sin ternura, dejando entrever el oculto deseo de que Antoñita no fuera con ellos.

Había tornado á la casa después de algunos días de ausencia, de lucha cruel consigo mismo. Tuvo el propósito de no volver nunca; pero si las lágrimas de Antoñita no lograron revocar decisión tal, bastó un guiño descocado de Lena para volverle al redil. En la dualidad que le hostigaba, era ese su sino: ser vencido siempre por la chiquilla, jamás por la otra. Tan grande era el poderío que la pequeña hubo de adquirir sobre él, que, resignado al fin, consintió en someterse á lo que llamaba «amores mudos,» sin abandonar por eso sus relaciones con la rubita, lo cual le producía una inquietud eterna, indomable.—Los vecinos,—especialmente doña Manuela,—torcían el gesto al mirarle con el rabillo del ojo, por las mañanas, cuando salía del cuarto, camino de la notaría. En efecto, no rebosaba salud el pobre: pálido, ojeroso, desencajado, marchaba con el rostro bajo, la mirada mortecina á ratos, á ratos avivada, cual si una preocupación le royera las entrañas.—En la vivienda de su novia, más de alguno hizo observaciones se-

mejantes. Estéfana veíale con desconfianza desde que sorprendiera lágrimas en los ojos de la predilecta; doña Pepa, que de vuelta de la Santa Veracruz le había encontrado el día antes de palique con las niñas en el comedor, preguntóle si estaba enfermo. Sólo Antoñita, alejándose de su tranquilidad habitual, pretendía acallar la tristeza del chico á fuerza de mimos y caricias, seguida por las miradas de la chiquilla, sonreidoras é irónicas.

Linares se había tornado agrio de carácter, silencioso, casi hosco. Ni la amabilidad exagerada de la modista era capaz de calmarle. Unicamente Lena, que continuaba tan risueña y dicharera como antes, conseguía hacerle reír con alguna broma ó mediante ciertas familiaridades nada raras. Justamente ella fué quien propuso la víspera que los tres se marcharan de paseo esa noche. Había visto los preparativos: los escudos y banderas de vivos colores alineados en postes á lo largo de Plateros; los hilillos de focos multicolores tendidos de esquina á esquina; las iluminaciones del Palacio Nacional y la Catedral; todo el lujo desplegado con anticipación, á fin de celebrar el aniversario de la Independencia. Saltaba de gozo

al pensar en la fiesta; sus labios gruesos, de encantadora sensualidad, prodigaban sonrisas á Eugenio, que se ofreció gustoso á llevarlas. Y ni los canarios enjaulados en el marco de la ventana, ni la llovizna que por la mañana golpeteara en los cristales, ni la máquina de coser que desde el alba arrullara la sala con el traqueo de la rueda, metieron más ruido que ella, que iba de acá para allá como un gozquecillo vivaracho y nervioso, atendiendo á la gruñona cocinera y á la hermanita complaciente. La verdad era que la pobre Lena se fastidiaba. Ni las novelas alquiladas á montones, ni el sueño, ni las reyertas con la fregona, podían substituir á Clarita. La ausencia dolorosa de la amiga; sus triunfos mundanos, que llegaban hasta ella como débiles rachas, sumíanla en un tedio atroz, somnoliento, intolerable. — ¿Y qué mejor ocasión de solaz y esparcimiento que la que ahora se ofrecía? — Con doña Pepa no había que contar; sobrado perezosa hubo de volverse desde que se encerró en el templo. En cuanto á Alberto, ni siquiera valía la pena de avisarle. ¡Bonito papel harían dos señoritas decentes con tan redomado pillito! Por lo tanto, sólo quedaban para la fiesta, ella, Antoñita y Eugenio.

Se dispuso á engalanarse tan pronto como los primeros rayos del sol la despertaron. Bañóse; su pelo lacio sufrió las torturas de candentes tenacillas; el vestido azul, el predilecto, fué sacado del armario; las botitas nuevas, aguardaban en el fondo de la caja de cartón el instante anhelado de recibir el tesoro de los pies breves. Trafagueó como nunca, azuzando á Antoñita, indignándose al verla sentada á la máquina, cosiendo, tan tranquila. ¡La holgazana! ¿No sabía que esa noche estaba obligada á aparecer bella á los ojos del novio? ¡Qué entamba! Preciso era dejar las modas ajenas y ocuparse de las propias.

Y la mayor asentía á todo, murmurando:

—Tiempo sobra para terminar esto. No te agites...

Pero, ¡ay!, el tiempo huyó, despiadado, cruel, sin importársele las horas de alegría que esperaban á la muchacha condenada á las torturas de la aguja. Pasó la mañana con sus girones de cielo nubosos á veces, á veces envueltos en la luz acariciadora del sol; pasó el medio día, la comida frugal, hecha de prisa, sin apetito, con el deseo de acabar, de acabar pronto las confecciones de las ricas faldas, de los refajos murmurado-

res, de los escotes llenos de encajes. La lluvia cesó á las cuatro. Aun había claridad á raudales en el «taller,» y Antoñita sonreía confiada al contemplar el astro inmenso, todavía muy alto, todavía muy lejos del po niente. Y la sorprendió el crepúsculo afanada, alimentando la esperanza de concluir la tarea, imponiéndose un trabajo rudo superior á sus fuerzas, bien flacas por cierto en aquel cuerpecito endeble. Cuando el caso se arrebolaba, ostentando matices dorados, suaves coloraciones de ópalo, florecimientos de nimbos blanquísimos, Antoñita se puso triste. El sol se había hundido ya. Las hojas de los tiestos mecíanse al soplo del remusgo del atardecer. En el cielo erraban resplandores inciertos. Y á la alegría de la tarde llena de luz, sucedía la penumbra saturada de melancolía, de una melancolía desconsoladora, idéntica á la que ensombrecía ya su alma de mujercita laboriosa que sólo mira el regocijo á través del velo torturador de las grandes fatigas.—¡Ah!, no ir, quedarse allí, sola, encerrada, laborando, laborando siempre... Quedarse allí, lejos de él, que, entretanto, se divertía y apuraba hasta las heces las delicias de la fiesta. Era amargo. Y la aguja cayó de sus dedos, so-

bre la tela. ¿Para qué atarearse más? Echada sobre el respaldo de la silla, dejaba vagar la mirada por las lontananzas obscurecidas, cuando entró la chiquilla.

¡Cómo! ¿No se aprestaba aún á vestirse? Era tarde ya; habían sonado las seis y media.

Antoñita movió la cabeza tristemente. Y no dijo nada. ¿Para qué? La mueca de su semblante lo decía todo: nunca es tarde para los pobres, para los que sufren y lloran. Tarde es para los poderosos, para las damas que al siguiente día, por la noche, ostentarían los trajes que la robaban el descanso, el reposo, y hasta los ratos de dicha que se esfumaban en el horizonte de su vida, disipándose luego, eternamente engañosos.

Lena lloró. Su dolor ruidoso ocultaba en el fondo sorda rabia. ¡Cómo! ¿Ahora que estaba dispuesta para el paseo, ahora que era dichosa sólo con pensar que por algunas horas saldría de aquella horrible casa en donde se hastiaba, iba á quedarse? Mustia, con la morena carita mojada en lágrimas, se había dejado caer sobre el sofá. ¡Oh!, no, su existencia era insoportable.

La hermana mayor se levantó, riendo, y sentóse á su lado.

—Pero, niña, ¿quién te ha dicho que no irás? ¡Vaya con el genio que tienes!

Lena se encogió de hombros, haciendo un pucherito de mozueta mimada. Antoñita reía, reía, con risa cristalina, pura. ¡No faltaba más! Iría, si señor, iría, que para eso estaba en sus dieciocho, para divertirse, para gozar honestamente, que no para deslomarse en el trabajo, privándose de sanos recreos. Y esto lo decía la pobre con el rostro iluminado por una sonrisa de ternura, más suave que las oleadas de claridad crepuscular que la rodeaban, sin acordarse de que ella también era joven, y tenía veinte años.

Pero Lena vaciló. Titubeaba, como si alguna idea la hubiese herido de súbito. No, no iría sola.

Antoñita estuvo á punto de enojarse. ¿Por qué tal capricho? ¿Acaso Eugenio no era un caballero? Como hombre honrado podía llevarla á todas partes. Y al hablar, no observó que en el rostro de la pequeña retozaba un gesto de pilluelo, que en vano pretendía dominar.

Al cabo, Lena se decidió. Turbada, temerosa de que una negativa infundiera sospechas, y anhelando al propio tiempo ex-

perimentar la alegría de la fiesta, dijo que sí, abrazándose á Antoñita, llamándola «mamá» en una explosión de halagos y de besos.

—Vamos, monina, haz un esfuerzo, ven con nosotros, —decía ahora, á punto ya de marcharse, fresca y atemorizada bajo las blondas vaporosas de su vestido azul.

Y Eugenio continuaba apoyándola, pero con menos calor, como si adivinase en los ojos de su novia el deseo de ceder. —Se equivocó, porque ésta seguía diciendo que no, despidiéndoles, amable, sin revelar descontento, prestando atención al lejano rumor de holgorio y á los cohetes que tronaban en lo alto.

Estaba muy bonita con su falda gris y sencilla, su blusa blanca y el negro listón ceñido al cuello que hacía resaltar la palidez de su cara enfermiza. En aquel instante, Linares sintió que una ternura inmensa brotaba de lo hondo de su ser; que una admiración religiosa hacia la bondad de la muchacha le invadía; y á punto estuvo de empujarla hacia afuera, dulcemente, obligándola á que les acompañase. Pero en aquel instante miró con el rabillo del ojo á la otra, tan robusta, tan coqueta, tan deseable en medio de su lu-

jo burgués, de sus encajes que exhalaban un aroma embriagador de heliotropo; y dijo:

—Puesto que no quiere, vámonos, Lena...

Y partieron, cogidos del brazo, riendo, bromeando, haciendo resonar con sus tacones los peldaños mugrientos de la escalera, sin percatarse del encuentro que tuvieron con doña Manuela, en el ventanuco donde *Matasiete* dormitaba. Cuando atravesaron el patio, Eugenio volvió el rostro instintivamente.—Allá estaba ella, apoyada de codos en el pretil, inmóvil en la penumbra, confundida casi con los rosales que dibujaban la masa confusa de su follaje. Y el mancebo experimentó súbita tristeza, un vago remordimiento que le escarabajaba el alma. Pero siguió adelante, con paso rápido, aturdiéndose con la charla juguetona de Lena, que le oprimía el brazo, lanzando chilliditos débiles cuando sus botas nuevas se ensuciaban en los charcos.

Antoñita les vió perderse en el agujero negro del zaguán. Mas no se retiró de allí luego. Continuaba sin moverse, sin sentir el frío del muro que se comunicaba á sus miembros. El regocijo que poco antes la invadiera, había se desvanecido: una amargu-

ra inexplicable la poseía, la obsesionaba. Se iban los dos... Y sin darse cuenta, este pensamiento hubo de entristecerla.

A sus espaldas, los rosales florecían, esparciendo en el ambiente húmedo suaves fragancias. A lo lejos, el murmullo seguía resonando, ensordecedor, callado á intervalos, turbulento después, como si la llamase á participar de la dicha. Titilaban las estrellas. Del patio, solitario y obscuro, no ascendía el más leve rumor: todos se habían marchado, con los trapitos de cristianar, á olvidarse por un instante de las miserias y fatigas. Sólo ella permanecía allí, silenciosa, pensativa, con los ricillos de su cabellera de oro agitados por la brisa; ignorando el misterio cruel de sacrificio que para ella encerraba la vida.

Sonaron las diez en un reloj lejano. El farolillo de la portería apagóse, y en el caserón resonó el chirrido de los gozues de la enorme puerta que se cerraba.

Antoñita se pasó las manos por el rostro, como para disipar una pesadilla borrosa. Fijó su atención en un puntito brillante que se elevaba en la atmósfera, y que estalló en lo alto, salpicando el cielo de manchas sangrientas. Miró cómo se desvanecían en el

azul... El primer día de su amor, cuando abandonaba las manos á su novio, mirando al cielo, había visto también otra lluvia luminosa como aquella, sólo que no era roja, no, sino multicolor, henchida de promesas y de esperanzas.

Entró en las habitaciones con andar lento. Era presa de un desasosiego, de una angustia profunda, como si con esa percepción maravillosa de la mujer para adivinar el futuro; presintiera algo vago, un peligro amenazador y terrible.

Lena y Eugenio, cogidos del brazo, corrían apresurados. La impaciencia les devoraba: querían llegar cuanto antes al centro del bullicio. Respirábase en las calles un ambiente de regocijo desusado. Por los paseos de la Alameda deslizábanse muchedumbres heterogéneas, que se dirigían al Zócalo, el cual se adivinaba á lo lejos por el inmenso vaho de luz que incendiaba el cielo. Familias numerosas de obreros rozaban el vestidito azul de la chiquilla, que miraba airada al padre de rostro brutalmente alegre, que, abrazado de la cintura de la mujer, á la cual cubría con el propio jorongo, gritaba á los hijos, muchachos traviesos que correteaban por la orilla de los prados, que no se

alejasen. — Junto á la fuente central, un matrimonio provinciano parecía aletado, perdido en el vaivén. Ella, muchacha robusta de grueso talle, enfundada en el estrecho traje color de rosa, con una mascarada al cuello y sombrero verde, veía con timidez á los transeúntes, mostrando los guantes que oprimían sus manos. El, campesinote bonachón y panzudo, que lucía vestimenta de charro, mascullaba la colilla de un puro, bajando los ojos ante las miradas curiosas. Más allá, en la Avenida Juárez, bajo los arbolillos refrescados por la lluvia, las parejas guapas abundaban. Y la chiquilla sentía un placer intenso al observar que las señoritas la examinaban, cuchicheando al oído de sus compañeras, volviendo el rostro con insistencia ¡Ah! por algo amaba ella su vestido azul. — No pudo, sin embargo, continuar en sus reflexiones vanidosas de modas. Ella y Eugenio se detuvieron deslumbrados ante el espectáculo que ofrecía la gran avenida.

Desde el Puente de San Francisco hasta Plateros, extendíase una ascua luminosa, resplandeciente. Millares de foquillos eléctricos, formaban caprichosos arabescos sobre las fachadas, esparciendo viva claridad. Los había verdes, semejantes á luciérnagas;

rojos como granates; azules, tan pequeñitos, que se les creyera miosotis; amarillos, de un amarillo pálido, enfermo, que agonizaba en el ambiente surcado de ráfagas de claridad policroma. En el centro de la calle, inmóviles, los grandes focos de arco esparramaban su luz blanca, destacándose como astros.— Sobre los postes, sobre los balcones, en lo alto, ondeaban banderas. Canastillas de rosas mustias, á medio marchitar, veíanse de trecho en trecho, bajo trofeos y escudos alineados á lo largo de la calle. Y una cascada de flores, una invasión de pétalos y de hojas, cubría las paredes, haciendo pensar en la devastación de las huertas. Frescas guirnaldas, rústicas colgaduras de heno, que mecía blandamente el aire, pendían de los alambres tendidos de esquina á esquina. El cielo, á pesar de su tinte azul, aparecía como enorme franja negra que cubría aquel lujo de color, que allá á lo lejos, en el término de la calle, transformábase en incendio brillante.

La chiquilla reía. ¡Qué hermoso era todo aquello! Creía soñar, deleitarse en la contemplación de una morada maravillosa de hadas. Oprimiendo el brazo de gaducho de Linares, avanzaba pausadamente, confundi-

da entre la muchedumbre que henchía las aceras y el arroyo.

Bajo el resplandor intenso, tornábase misterioso el bullir de las masas. La gente se apretaba, sudorosa, fatigada. Pero eran muchas las caras sonrientes: caras bonachonas de burgueses que se prometían una noche de holgorio; caras jóvenes, arreboladas por el calor de la embriaguez; caras infantiles, de labios frescos, de ojos vivos que se cerraban ante la profusa luz. El murmullo que ascendía era entrecortado á veces por gritos de júbilo, por las exclamaciones de las turbas vociferadoras de muchachos que ya comenzaban á recorrer la calle, al son de los toques estridentes de las cornetas de barro y del redoblar de improvisados tambores: botes de hojalata y cajas de cartón.

A la puerta del Jockey Club, señorones enfundados en airosas levitas, ostentando el sombrero de copa y el plastrón novísimo, contemplaban el desfile, dirigiendo frases á los mozos barbilindos que les acompañaban, los cuales, haciendo muecas de fastidio bajo la ancha ala de su jipijapa, afirmaban tener náuseas. Era un oprobio que la chusma aquella fuese á envilecer la atmósfera del *boulevard* con su olor de miseria; horroriza-

ba, en verdad, que mujerzuelas de la peor catadura, de vientres hinchados por la maternidad, se codearan con las damas distinguidas.

Lena, sin pensarlo, participaba de las mismas ideas. Sentía repugnancia al verse encerrada entre la muchedumbre. Y si reía, era para burlarse á más y mejor de los modales groseros de los pobres.—No, ella tendía á lo alto, á lo *chic*. Por eso la seducían las pastelerías y los *restaurants* caros. Agitábase allí la flor y nata de la aristocracia mexicana: chicas ataviadas lujosamente, de rostros pálidos y nerviosos; galanes enamorados de las *poses* sutiles, que se inclinaban cuchicheando, en torno á las mesitas cuajadas de cristalería valiosa.—De buena gana hubiera entrado; pero, sabedora de los escasos recursos del pobrete de su cuñado, ni siquiera se atrevió á insinuar su deseo. Contentábase con detenerse junto á los escaparates, resistiendo la marea humana que pretendía arrollarles. Placíala clavar los rientes ojillos en los interiores lujosos, de blancas paredes, de ricos artesonados. ¡Qué algarada reinaba allí! Las dependientas, coquetonas y sonreidoras, luciendo delante los encajes, iban y venían; rondaban

en torno de los parroquianos, como abejas; metían las manos blanquísimas en los frascos de bombones; envolvían los pasteles en paquetes, atando éstos con delicadeza, y poniendo encima de ellos, traidoramente, un ramillete de violetas cuyo aroma creía ella aspirar desde afuera.

Eugenio Linares, de pie á espaldas de la chiquilla, inclinado, miraba los ricillos que temblaban en su nuca. No eran tan finos como los de Antofita; pero, en cambio, tenían tales rebeldías, tal encanto, que le atraían. Aspiraba las emanaciones del cuello moreno, encerrado en la boa blanca; embriagábase al sentir el calor del cuerpecito voluptuoso contra el cual le empujaba el gentío. Sus sensaciones, más suaves que las de la última noche de charla en la azotea, eran, sin embargo, lo suficiente fuertes para aprisionarle.—Envolvívola en las oleadas tibias de su aliento, sin percatarse de que no reía ya, de que miraba el espectáculo de la pastelería con una atención semejante á la tristeza. Se encontraron sus miradas, y Linares advirtió el secreto del mutismo de Lena. En su mente fulguró una idea infantil. ¡Si la conquistase haciéndola gozar del boato de allí dentro?

No vaciló un instante. Guardaba en la cartera un billete de diez duros, destinado á pagar el a'quiler del cuarto. ¡Qué demonio! Justo le parecía derrocharlo como príncipe. Alguna vez se han de dar gusto los hombres honrados. Y oprimiendo cariñosamente el brazo de Lena, murmuró á su oído, con voz juguetona, en la que se podía advertir leve temblor:

—¿Quieres?

La moza hizo un mohín negativo.

—¡Pillo! Y me lo propones como si tuvieras los bolsillos repletos.

—Anda, vamos....

—No, señorito. Seguiremos nuestro camino como pobres.

—Lena....

—Nada, nada de ruegos.

Continuaba diciendo que no con la cabeza. Respondía á las insinuaciones de Linares con palabras inquebrantables, hijas, en la apariencia, de la más firme decisión. Mas no se movía; sus ojos pícaros, sus gruesos labios, su gesto encantador de chiquilla candorosa y ligera, le contradecían. Aquella mirada, aquella sonrisa, aquella mueca, pronunciaban un «sí» mudo. Al cabo, una risa de ambos les delató. —Los dos querían en-

trar; franqueza por franqueza. Y la chiquilla, estrechando amorosa el brazo de su compañero, deleitóse al oír el taconeo de sus botitas nuevas sobre el terso mosaico.

Tamizábase la luz á través de los globos de cristal opalino, derramando leve fulgor, de una claridad opaca, que daba á los rostros cierta traza aristocrática. Lena sentíase á sus anchas. Arrellanada en el asiento de felpa roja, apenas si se dignó responder á Linares, que desplegaba desde momentos antes una locuacidad extraordinaria, con la vanidad de ser él quien satisfacía un capricho de la muchacha. Pero ésta, maldito el caso que le hacía, solazándose en levantar los visillos de seda, y mirar, tras de los cristales, la avenida rebosante, ensordecida por el vaivén eterno. Experimentaba secreto placer al verse en aquel sitio frecuentado tan sólo por los ricos. Y en un rinconcillo de su cerebro alentaba un anhelo, un anhelo rabioso, más grande aún que el inspirado por los helados y pastas que acababan de colocar sobre el mármol de la mesa; un anhelo que se advertía en el brillo de sus ojos.... ¿Si pasaran por la acera algunas gentes conocidas? ¡Buena sorpresa les causaría! Mentalmente hacía la lista de sus amigas. ¡Eran

tan pocas! Mas, lo que la infundía loco regocijo, era reflexionar que acaso se les ocurriese á las cursis de la vecindad darse una vueltecita por aquellos parajes.

—Lena,—dijo Eugenio,—comencemos....

Ella se volvió, radiante. Doña Manuela la había visto. Euvuelta en su chal rameado, debió de quedarse atónita al descubrirla. Y alegre, risueña á causa de su triunfo, la moza hundió con suavidad en el helado de vainilla que tenía delante, la euchará argentada.—Desbordóse entonces en insubstancial charla, riendo de todo, á fin de lucir sus dientecillos graciosos. El mocetón estaba cual unas pascuas; nunca como aquel día se mostraba la chiquilla de tal suerte amable y coqueta. Llamábale en diminutivo, le daba los calificativos más cariñosos, y no contenta con eso, atrevíase á prodigarle palmaditas en las manos, ante los ojos indiferentes de los que ocupaban las mesas cercanas.

Tras los helados y pasteles vinieron los *cock-tails*, las sodas, los dulces. Hasta pidieron dos chocolates, á pesar de la sonrisa burlona de la dependienta. Si tenían apetito, ¿por qué no saciarlo, vamos á ver? Experimentaban singular glotonería al hallarse tan cerca de manjares raros y exquisitos.—

Cuando, ahitos ya, se reclinaban sobre el mullido respaldo del asiento, ella, entornando los ojos, murmuró:

—Cualquiera diría, al vernos, que somos novios

Dijo estas palabras en voz baja, con extraño acento, insinuando la burla. Linares, al escucharlas, se ruborizó, sin comprender. Pero no hubo de alargarse demasiado su confusión, porque la moza, seguidamente, dejó escapar una risita perlada.

—Novios, ¿eh? ¿Qué te parece? No haríamos mala pareja, ¿verdad? Pero, ¡ay! cuñadito de mi alma, conociste á Antoñita, y Antoñita....

Terminó la frase con un gesto expresivo.

De la calle ascendía confuso clamoreo de voces, de carcajadas, de gritos. En medio del resplandor intenso alzábase dorado polvillo, que parecía emanar de las flores, bañadas de luz. Linares consultó el reloj. Eran las once menos cuarto. Apenas tendrían tiempo de llegar al Zócalo á la hora del «grito»

Se encontraron de nuevo en la acera. Una atmósfera pesada, caliginosa, acre, les envolvía. El perfume de las flores marchitas y del follaje seco; el olor de la multitud amon-

tonada, poseída del vértigo del entusiasmo; el fino polvo que se desprendía del suelo, elevándose en vaporosas nubecillas, saturaba el ambiente, tornándolo asfixiado. Ahora la multitud huía calle arriba, espoleada por el ansia de verlo todo, de engrosar las ya apretadas filas de espectadores que desde horas antes esperaban en la plaza que se extiende desde el Palacio Nacional á Mercaderes, y de la Diputación á la Catedral. Chusmas de pilluelos de rostro ennegrecido y voz ronca, corrían despavoridas, ondeando banderas de papel y ensordeciendo la calle con la eterna tocata de sus cornetas. Lena, al verles, se estremecía de miedo. Aquellos chicos se la figuraban pequeños salvajes por su citadura, y grandes pícaros por las atrocidades que decían.

Abriéndose paso con los codos, lograron llegar á la esquina de Mercaderes. Allí, ante el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, Lena no pudo contener una exclamación de asombro.

Enfrente, el Palacio Nacional esplendía nimbado por el resplandor de los focos de luz, que serpeaban á lo largo de los muros, retorciéndose, semejantes á una serpiente enorme. A la derecha, la Catedral,

pesada, aplastada por sus torres, recortaba en el cielo obscuro su silueta fantástica. Trepaban las luces por los cornisamentos, seguían los arquitectónicos detalles, cubriendo los muros negruzcos con un encaje de mil colores, que se alargaba hasta las cruces, perdido casi en la altura. A la izquierda, los portales de la Diputación, pequeñitos, casi minúsculos ante la grandiosidad del templo, veíanse surcados por haces luminosos. En el centro, los árboles de cuyas ramas colgaban farolillos venecianos, se mecían al soplo del viento; y en el kiosco, una banda militar ejecutaba en ese instante un aire popular.

Eugenio Linares ahogado entre la gente que le rodeaba, sentía la tibieza del cuerpo de Lena. La chiquilla, colocada delante de él, reía de su mutismo, sin pensar que cada una de sus risas, que cada uno de sus estremecimientos, producían en el mozo una sensación de intenso deseo.

De súbito hubo de alzarse de la multitud un clamor inmenso, que hizo agonizar las campanadas de los relojes que marcaban las once. En el campanario de la Catedral sonaron los primeros repiques, secundados luego por las iglesias cercanas. Un haz de co-